

UN VIAJE POR LOS ASTROS: ACERCA DE *TIENE CUERPO EL SILENCIO* DE LUCIA CARMONA¹ Por Elisa Moyano

Conocí a Lucía Carmona en un encuentro de escritores en las Termas de Río Hondo allá por los años '90 y quedé impactada para siempre con las fuertes imágenes de sus poemas. Volvimos a conversar este año en su Chilecito natal y de esa charla surgió la idea de estas presentaciones mutuas. Me llevé a Salta (entre otros libros suyos) *Tiene cuerpo el silencio*, su último poemario y desde entonces leo y releo con fruición los poemas.

Al retornar de otro viaje, me puse en la tarea de escribir estas palabras.

El libro tiene en su tapa la foto de una flor realizada por Ana Paula Ocampo cuyo título "Me quiere, no me quiere" aparece junto a la biografía de su autora en la solapa posterior. La clara alusión al pareado que se completa con "mucho, poquito, nada" genera una primera hipótesis de lectura: el libro va a contener poesía amatoria. A partir de eso, puedo afirmar que fue una gran sorpresa leerlo pues el tema del amor se va diluyendo con derivas inesperadas y la enunciadora que habla en los poemas (no diré nunca la autora) se abre a vivencias imprevistas.

En el título del poemario, "Tiene cuerpo el silencio", que es también el subtítulo de la primera parte del libro y el primer verso del primer poema de la última, se juegan dos parejas de opuestos caras a la cultura occidental: cuerpo-alma y palabra-silencio, en las que es visible la dupla gravedad-ingravedez. Acá se produce una inversión y el silencio pasa a tener un peso similar al planteado en el poema "Nombre" en el que "los que ya no hablan...gritan" (15).

El subtítulo de la segunda parte es "Cuatro poemas en el nacimiento del otoño". Abarca los cuatro numerados con números romanos. Al final de todo aparece sin número "Abrazo astral" que no pertenece a esta última parte pues no tiene número. Pero tiene en común con ellos la impresión invertida² ¿cómo podremos leerla? ¿Por qué el mundo se ha dado vuelta? Un par de títulos "Resurrección", "Vuelo" y "Abrazo..." hacen suponer un paso de la disforia a la euforia. En efecto, los dramas personales (una pasión extinguida) y sociales (el daño sufrido por nuestro planeta) parecen resolverse de alguna manera.

Pero comencemos por la primera parte. En el poema "La rebelión" (10), la enunciadora dice haber rodeado las pisadas de miles de animales. Les confiesa con "densos alaridos" que ama a alguien pero "el plano inclinado del mundo en su derrumbe" no escucha su grito. Cuando vuelve a decir su amor, "un abrupto silencio" la sepulta "inclemente".

¹ Este trabajo fue leído durante la presentación del poemario en la Feria del Libro de La Rioja en 2022.

² Después supe que era un defecto de encuadernación, pero me pareció interesante dejar mi lectura inicial ya que ésta daba cuenta de una "Inversión" que se producía en esa parte final del libro.

A partir de la sordera inicial que tiene como respuesta casi necesaria un silencio por demás elocuente, podemos poner de manifiesto varias cuestiones:

El grito de amor podría hacernos pensar en un retorno del romanticismo. Pero qué lejos nos encontramos del ensimismamiento romántico. Aquí la enunciativa se acerca a decir su amor a miles de animales que cruzan el universo y el poema termina planteando un paisaje apocalíptico en el cual el mundo se encuentra en derrumbe. ¿De qué derrumbe se habla? ¿De los cataclismos que destruyeron hace miles de años a los dinosaurios o del drama ecológico de este siglo en el que despiadados intereses destruyen el planeta?

Estoy segura de que se refiere a esto último por la contemporaneidad de ambas calamidades. O sea que la enunciativa no se hunde en la ciénaga de la sentimentalidad, sale de sí misma en busca de otros seres (en este caso los estudiados por la zoología) y su infortunio personal es equiparado con el que sufre el planeta en estos tiempos. Esta lectura se ve reforzada con la que puede hacerse del poema "Sin palabras" (13) que refiere a víctimas y victimarios, que plantea en cierta forma la extinción de las especies y en el que una "madre sideral" "se toma las sienes con sigilo". En palabras de la vida cotidiana esa madre se agarra la cabeza, frase que habla del gesto típico de cualquier ser humano ante un peligro inminente. Esa madre "parió a quienes esperan poblaciones de calma" y se pide en primera persona del plural "con premura / la paz" (14). La "madre sideral" vuelve a aparecer en el poema "Iluminación" pintando "lágrimas en los ojos del cosmos" (33). En este caso, Dios "ha encendido la luna / para alumbrar el último desastre, / el caos abismal, / la enfermedad de los cuerpos". Se pinta un desolado paisaje que reaparece habitado por las "criaturas oscuras" del poema "Orden" (37) cuya enunciativa desea la aparición de "ojos iluminados" y que "se abran en la tierra / semillas fecundadas" en paralelo con el que pide la paz.

En segundo lugar, la invocación a un tú, apenas insinuado en "te amaba", se convierte en el poema que lleva por nombre "Extravío" (11) en un nosotros inclusivo "dónde estuvimos / en qué espejo nos reflejamos [...] Vivimos [...] amamos / deseamos?". A continuación se manifiesta la perplejidad en el presente "No sé muy bien quien soy / ahora mismo". Sin embargo hay dos certezas:

La primera relaciona esos momentos de cuya existencia ahora se duda con el crecimiento de un árbol que se convirtió en "incendio vegetal". Presencia esta vez de los seres estudiados por la botánica.

La otra plantea que "fue otro el mundo / en el que penetramos. / Apenas recuerdo los reflejos de la vibración, / la piel, la piel...". La presencia del verbo penetrar, derivado de pene; la sinestesia que se produce con la frase "reflejos de las vibraciones" (los reflejos se captan por la vista, las vibraciones por el tacto) y la repetición del sintagma "la piel"

convierten al poema de la duda existencial en un poema erótico. Se trata de una voluptuosidad vivida en el pasado “fue otro el mundo” que ahora, en el presente del poema, se recuerda. De nuevo estamos lejos de la sensiblería romántica. Mucha poesía de mujeres del siglo XX y XXI se carga de erotismo, una forma de recuperación del cuerpo que fuera tan negado a la mujer durante la vigencia de la sociedad patriarcal: ese cuerpo era sólo objeto del deseo masculino, la mujer no debía ser sujeto de deseo. Contra este mandato se escribe el poema.

Ahora bien, tanto los dramas sociales, entre cuyos protagonistas podemos reconocer las víctimas y los victimarios, como los personales (una pasión concluida) parecen tener un contexto cósmico. Tengamos en cuenta de que lo sideral es lo relativo a las estrellas y lo astral a los astros. Sin embargo, estas alusiones parecen remitir a una concepción acientífica de los fenómenos celestes. No se trata de los cascotes espaciales estudiados por la astronomía sino más bien a los concebidos por la astrología. Veamos.

La “madre sideral” que “se toma las sienes con sigilo” ante un mundo devastado tiene su complemento en el “cordón astral” del poema “Tregua” (17) que en su primer verso dice “no voy a preguntar nada más”. La enunciadora parece concederse a sí misma la tregua enunciada en el título al dejar de lado la actividad inquisitoria del poema “Extravío”. Por otro lado, al envolverse en su “cordón astral” se vuelve un punto en el infinito, se borra su “signo” y se confunde con “extrañas órbitas”. El campo semántico constituido por lo astral hace alusión a la carta astral y a los signos del zodiaco. Si en esta carta, los signos ocupan una determinada posición que refleja o rige la actividad humana, lo importante es que al borrarse a sí misma y confundirse con “extrañas órbitas” de nuevo la enunciadora sale de su drama personal para tener aún más presentes las situaciones colectivas.

En el poema “Eclipse” (20-21) se juega con las oposiciones afuera – adentro, oscuridad – luz, los dos primeros y los dos segundos términos de ambos binomios parecen coincidir, es decir, en el afuera hay oscuridad (el eclipse) y en el adentro luz (el amor); “pero es sólo un instante / y siguen desfilando / los cuerpos siderales. / Se ha extraviado el eje del encuentro”, la conjunción es imposible y las “semillas cósmicas” caen y caen. Un contexto planetario para un desencuentro personal. Lo mismo ocurre en “Espacio” (36) poema en el que los montes se acercan y la enunciadora puede hundir “los puños / en el océano”. Esas magnitudes están cerca pero hay alguien que no está. La lluvia es el “derrumbe del cosmos” y se repite “pero no estás”. Este no estar se expande en el poema “La partida” (45) en el que “se van yendo tus ríos, / tus cantaros de vida, / tus frutas desoladas” y se indica que “los astros / traen una cierta extrañeza”. Cuando se menciona “mi cuerpo ya no es agua” se hace alusión a un final: el de la humedad del amor erótico y nos retrotraemos a “los torrentes que bajan del

poniente / apenas humedecen la hora” del poema “La verdad” (24) y al “todavía / el agua moja la tierra reseca” del poema “Tiempos de ritual” (25)

Pero volvamos al poema “Espacio” (36) en cuyo final reaparece el cuerpo y el deseo de poemas ya analizados y vuelven (como en otros) las preguntas: “Y qué hago con mi cuerpo / que ya nada desea”. En el poema “El enigma” (35) aparece el precio que hay que pagar por sentirlo.

Resulta curiosa, en este último, la aparición de la palabra “orbes” (círculo, rueda, usada normalmente en singular con un artículo masculino para significar mundo) de la que deriva órbita. Está acompañada con un adjetivo en femenino “Las grandes orbes”. Dicha en este género, nos remite de nuevo a la astrología. Se trata de la distancia que separa los planetas. También se habla de orbes para referir a las anomalías inesperadas que aparecen en fotos y videos. Hay quienes creen que son espectros que dejan los fantasmas a su paso. Aunque en estas oportunidades se la usa en masculino, el poema parece referir a ellas cuando dice “Sé que las grandes orbes / florecen a veces / en cráneos o en besos” ya que de los cráneos o de los huesos diseminados por el campo suelen salir ciertas luminosidades llamadas fuegos fatuos. Juega luego con la oposición dolor / júbilo y habla de lo ya mencionado: la necesidad de “pagar el precio / del deseo / hasta el último aliento”. Nombrado el deseo, aparece la marca de algo caro a la astrología: los aprendizajes que hemos venido a hacer en la tierra pues dice “en el aprendizaje / perdemos los dones del espacio / o los ganamos / a sorbos gigantescos”.

Las dramas personales y sociales, en el contexto del viaje de las constelaciones o, tal vez, en el contexto de las posiciones de los astros en una carta astral, ¿pueden revertirse o ya todo está dicho?

Quizá en la realidad sea muy difícil revertir el daño hecho al planeta y prender de nuevo el fuego de una pasión extinguida, pero en el poemario el mundo puede darse vuelta. En la parte invertida, en el poema “I-Silencio” (55) dejan “de sucederse las estaciones”, se detienen “las horas”, el “cuerpo del silencio” es tocado y besado, “hace el amor / con los oscuros transeúntes”, “vive en una choza antigua / y se revuelve como extraña bestia”. Se ha perdido la apocalíptica sensación de caída en un abismo. El cuerpo del silencio tiene una casa en la tierra.

En “II-Resurrección” (56), “Los rostros son los mismos / de la juventud /pero distintos”. Una parte del cuerpo, el rostro, es seleccionada para mostrar que los cambios corporales no son sinónimo de la muerte.

A pesar de que en “IV-Vuelo” (58) dice “Ni siquiera el verano / consiguió retenerte” en “Abrazo astral” (59) se produce la conjunción de la ausencia y el beso: “Es el cielo / y es la hora / y alguien que señaló la confluencia, / el río de las ausencias / el beso pasional”. Así, el poema resulta ser el lugar de la coincidencia de los opuestos: la muerte y la vida se reconcilian, los amantes extraviados se reencuentran. Gracias